

Microhistoria de una resistencia: el caso de la exoneración de Malva Hernández del Pedagógico de la Universidad de Chile, 1978-1980

Microhistory of resistance: The case of the exoneration of Malva Hernández from the Pedagogical School of the University of Chile, 1978-1980

Juan Ignacio Cisterna* y Luis Aravena Soto**

RESUMEN

Este artículo aborda las expresiones de resistencia estudiantil contra la dictadura cívico-militar en el Pedagógico de la Universidad de Chile entre 1978 y 1980. A modo de hipótesis, sostenemos que la exoneración de la profesora Malva Hernández, en 1980, cristaliza la primera etapa de la resistencia en el micro mundo del Pedagógico, mostrando la censura, vigilancia y represión de la dictadura, así como también las motivaciones de la movilización estudiantil. A juicio de los autores, este caso constituye una experiencia particular de resistencia prematura para el contexto nacional, tensionando así la visión tradicional sobre la articulación de la movilización estudiantil en dictadura. En su aspecto teórico metodológico, este trabajo propone un diálogo entre la microhistoria y la memoria, mediante el análisis de testimonios, prensa y archivos sumarios, sugiriendo el contacto entre ambas corrientes historiográficas y su potencialidad para abordar casos de terrorismo de Estado, así como las expresiones de resistencia.

Palabras clave:
resistencia,
dictadura
cívico-militar,
Pedagógico,
microhistoria.

* Chileno. Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile. Académico Departamento de Historia y Geografía, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. E-mail: juan.cisterna@umce.cl

** Chileno. Magíster en Historia, Universidad de Chile. Director y Académico Departamento de Historia y Geografía, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. E-mail: luis.aravena@umce.cl

Los autores agradecen a la profesora Malva Hernández por el acceso a su archivo personal y fotografías relativas al caso que se aborda en este estudio. Del mismo modo, similar gratitud es expresada a Remis Ramos por facilitar material fotográfico que fue incluido en este texto.

ABSTRACT

This article addresses the expressions of student resistance against the civil-military dictatorship at the Pedagogical School of the University of Chile between 1978 and 1980. As a hypothesis, we argue that the exoneration of Professor Malva Hernández in 1980 crystallizes the first stage of resistance in the Pedagogical micro-world, showing the censorship, surveillance, and repression of the dictatorship, as well as the motivations of student mobilization. In the authors' opinion, this case constitutes a particular experience of premature resistance for the national context, thus stressing the traditional view on articulating student mobilization under dictatorship. In its theoretical-methodological aspect, this work proposes a dialogue between microhistory and memory through the analysis of testimonies, press, and Abstract archives, suggesting the contact between both historiographical currents and their potential to approach cases of State terrorism and expressions of resistance.

Keywords:
resistance,
civil-military
dictatorship,
Pedagogical School,
microhistory.

*“Sencillamente te propongo.
—simplemente, te prometo—
Solamente tres palabras:
Solo tendrás piedras
—Sombria, terrible parábola—”*

“ES TI PI”, DE RODRIGO LIRA (1984)

“Pedagógico de la Universidad de Chile” era el nombre tradicional con que se reconocía a la sede oriente de la Universidad de Chile. Tras el golpe de Estado de 1973, las cinco facultades que se encontraban dentro del Campus fueron objeto de la intervención militar directa a partir del mismo 11 de septiembre. Sometida al poder militar de manera prácticamente absoluta, suspendidas las actividades académicas en su totalidad y habiendo sido designadas autoridades militares ocupadas de intervenir, controlar y “limpiar” la Universidad del clima de politización previamente existente (Subercaseaux, 2013; Mönckeberg, 2013), la comunidad que componía el Pedagógico se enfrentó a dinámicas de represión y control omnímodas de la vida universitaria que afectaron a su cuerpo estudiantil, al mundo académico y a su estructura administrativa. La particularidad de la represión ejercida en el Pedagógico, así como las experiencias de resistencia iniciales desarrolladas con anterioridad a la década de los ochenta, convirtieron a este micro mundo en un contexto particular y significativo, tanto para el estudio del periodo de la dictadura cívico-militar chilena y su relación con el mundo universitario, como para el análisis de las experiencias de resistencia y movilización acontecidas en las casas de estudios superiores en dicho periodo. Este trabajo busca analizar dichas expresiones de resistencia al interior del Pedagógico, acontecidas entre 1978-1980, a propósito de la prematura rearticulación de la resistencia estudiantil, culminando con el primer paro indefinido producto del caso de la exoneración de la profesora Malva Hernández en mayo de 1980.

Los estudios que han abordado el caso de las universidades en el proceso dictatorial chileno han desarrollado diversas líneas analíticas. Las visiones institucionales han profundizado en la transformación del sistema de educación superior y la implantación de un nuevo modelo que progresivamente posicionaba la privatización, amparado sobre un evidente asedio y represión militar, expresado en los cargos delegados y los mecanismos de control ejercidos en su interior (Mönckeberg, 2012;

Garretón, 1984; Garretón, 1986; Meyer, 1975; Ruz, 1977). Esto ha posibilitado el análisis de diversos aspectos de la represión a las universidades, reparando en su dimensión jurídica, material e intelectual (Póo, 2016; Rojas y Fernández, 2015; Stern, 2009), lo que sustenta este tipo de análisis respecto de las transformaciones de la universidad acontecidas en dictadura, su control administrativo y cercenamiento intelectual. Otros estudios han desarrollado el rol del movimiento estudiantil en los años de dictadura, exhibiendo su proceso de conformación y consolidación como una fuerza contestataria frente a las decisiones militares. Así, se ha podido profundizar en casos específicos, mirados con un lente local y generacional que ha desarrollado el caso de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile y el de la Universidad Católica (Toro et al., 2006; Valenzuela, 1998; Muñoz, 2012), sus motivaciones y formas de reorganización a partir de una tradición y valores en común, fuertemente ancladas a su propia cultura universitaria. Esta línea de investigación también ha considerado la rearticulación del movimiento estudiantil universitario, fundamentalmente anclado en la experiencia generacional de los años ochenta, posterior a la rearticulación del movimiento de oposición a la dictadura, identificando esta fase como de “rebeldía” generacional (Pinto y Salazar, 2002: 234), aglutinada por la “rabia” y el levantamiento de “barricadas en el camino del olvido” (Stern, 2013: 253) que, bajo la óptica de Thielemann (2016: 36), constituía más un intento de resistencia colectiva que un movimiento creador, fundamentalmente organizado por un grupo humano “que se negó a ver su mundo desaparecer”.

El caso específico del Pedagógico ha sido analizado desde el aspecto testimonial entregado por las vivencias de distintos líderes estudiantiles, así como por su proceso de construcción identitaria, complementaria a la visión general del movimiento estudiantil. Otras investigaciones han reforzado la dimensión que adquirió la resistencia cultural al alero de la organización estudiantil (Brodsky, 1985, 1988; Muñoz, 2006), a la par que su proceso de reorganización en los primeros años de la dictadura, como una instancia de sociabilidad e identidad universitaria previa a la generación universitaria que encabezaría la resistencia de la siguiente década (Romo, 1996). Estudios más recientes, amparados en los procesos de conmemoración acontecidos en Chile, han permitido iniciar investigaciones relacionadas con la memoria y la experiencia dictatorial por parte del mundo estudiantil,

a través de testimonios y de procesos sumarios (Subercaseaux, 2014; Póo, 2016).

De esta manera, la dimensión de la resistencia estudiantil, su accionar político y social, las demandas levantadas desde allí, sus formas de expresión y contestación, su subjetividad y la de sus adversarios, ha sido una temática poco profundizada e investigada para el micro mundo del Pedagógico. Es ahí donde este artículo precisamente pretende insertarse. En otras palabras, profundizar en las expresiones y articulaciones acontecidas en el micro mundo del Pedagógico a través del testimonio de sus testigos y actores protagonistas, relevando su subjetividad, reconstruyendo las dinámicas de represión y resistencia en medio del contexto dictatorial. Correr el cerco y entrar en Macul 774.

Microhistoria y memoria

Planteamos una conexión, a nivel teórico metodológico, entre la microhistoria y la memoria como una fuente de testimonios, vivencias y significados que permiten profundizar las acciones y dinámicas de resistencia en un contexto dictatorial. La utilización de estos postulados para el análisis de las fuentes de prensa, documentos oficiales y administrativos, así como las declaraciones de la institucionalidad militar, contrastados con los testimonios orales de protagonistas sobrevivientes, permite el vínculo entre las distintas dinámicas que configuran el micro mundo del Pedagógico en el contexto dictatorial, y su contraste y disputa con las visiones tradicionales elaboradas a partir del relato hegemónico sobre el periodo dictatorial chileno y la reorganización del movimiento estudiantil.

Lejos de limitarse únicamente al análisis micro, los cultores de la microhistoria la han identificado como una corriente que pone su acento en “el papel de la acción humana, la capacidad tentativamente creativa e intersticial de la acción humana, no siempre seguidora de las reglas presentes en los contextos nacionales” (Cerna y Pons, 2005: 132), devolviéndole al sujeto su capacidad de contestación, resistencia y negación al orden establecido y/o impuesto desde la centralidad (Ginzburg, 2005: 391). En otras palabras, su capacidad de agencia, ante la exclusión y el silencio impuesto por las grandes explicaciones. Luis González, por su parte, aportó nuevos enfoques a esta tradición historiográfica, hasta entonces concentrada en Europa. Una vertiente cercana, con pertenencia y

arraigo, que resaltaría la cultura y los afectos por sobre los procesos institucionales, efectuado “a fuerza de entrevistas, charlas con la gente del común y cuestionarios, [que] puede resolver problemas difíciles y recibir noticias valiosas” (1997: 41). Esto relevaba a la memoria y al testimonio oral como una fuente para construir microhistorias, dado que debía oír a sus actores y marcar su presencia en el cuerpo social, acercándola a procesos propios de historia reciente. En otras palabras, el detective que buscaba huellas sobre la inquisición en la Europa Medieval en aquellas “jaulas invisibles” (Ginzburg, 1997: 10), que identificaba al poder central (Leroy Ladurie, 1981: 38), podía incorporar prensa, documentos y testimonios para profundizar en las dimensiones y particularidades de la represión de las dictaduras acontecidas en la historia latinoamericana reciente. La capacidad de contestación, por su parte, se concentraba en el testimonio y su potencialidad para dar cuenta de los procesos vividos a contrapelo de la institucionalidad militar.

No es azaroso que el contexto dictatorial y la experiencia de los totalitarismos genere los puentes recién esbozados, dada su pretensión de control de los sujetos mediante un poder omnímodo, generándose posibilidades de supervivencia, accionar y resistencia de grupos u organizaciones perseguidas, influenciadas por su tejido cultural, las coyunturas acontecidas y su lectura de la realidad. El microcosmos se construiría como un espacio en que conviven la represión y la resistencia en el mismo lugar, posicionando el vínculo entre historia y memoria que plantea Pierre Nora (2009), a propósito de las limitaciones de la historia y las potencialidades de la memoria. Lo que ha sido trabajado recientemente por el historiador Ivan Jablonka (2015: 40), cuyo trazado a través del análisis microhistórico le permite profundizar en la clandestinidad y resistencia de su historia familiar, así como el accionar de la represión, el desplazamiento forzado y el exterminio en el contexto de la Segunda Guerra Mundial.

En síntesis, pretendemos analizar la resistencia estudiantil en el Pedagógico a partir del vínculo entre la microhistoria y la memoria, con el propósito de profundizar en las dinámicas locales acontecidas en el Campus durante el periodo, al mismo tiempo que tensionar el relato general sobre el movimiento estudiantil en dictadura y el accionar militar en las universidades a partir de la reconfiguración del micro mundo del Pedagógico.

Dictadura, represión y Universidad, 1973-1977

Una vez en el poder, la dictadura cívico-militar asumió labores de control e intervención prácticamente absolutas sobre el tejido social del país, abarcando numerosos rubros productivos y medios de comunicación, clausurando la actividad política y el poder legislativo, e implementando tempranamente un complejo aparataje de inteligencia coordinado a nivel nacional (Correa, 2003: 279; Winn, 2013: 127; Stern, 2009: 69; Salazar, 2011: 95). Esta primera fase advirtió la “identidad coercitiva” del régimen, en palabras de Carlos Huneeus (2016: 62), definida por su “carácter en extremo represivo y anulador del disenso público”, según Sofía Correa (2003: 279), destinada hacia acciones sistemáticas y generalizadas, orientadas a difundir el terror en el cuerpo social, influenciada por la Doctrina de Seguridad Nacional y la difusión del anticomunismo en la región, bajo el contexto de Guerra Fría internacional (Seguel, 2022). Esta primera etapa fue seguida por una fase de legitimación orientada hacia el nuevo *corpus* legal-constitucional discutido entre 1977-1980, aun cuando el carácter represivo y coercitivo del régimen fue un elemento de permanencia durante todo el periodo dictatorial chileno.

Las universidades no fueron la excepción a las acciones represivas de la dictadura mencionadas en el párrafo anterior. Durante los primeros días de octubre de 1973, la Junta Militar decidió intervenir de forma permanente la vida universitaria a través de rectores delegados en todas las universidades del país (Decreto Ley N°50, 1973), cuyas amplias potestades incluyeron funciones administrativas, presupuestarias y políticas (Decreto de Educación 1300, 1973), bajo el objetivo fundamental, según el general Gustavo Leigh, de que “el pensamiento de la Junta de Gobierno esté directamente en el seno de la universidad; hasta cuando se vuelva a la situación de normalidad interna” (Leigh, 2012: 194). Ni siquiera los académicos no marxistas o contrarios al gobierno de la Unidad Popular tuvieron legitimidad para llevar a cabo dichas acciones (Meyer, 1975: 379). Demostración de lo anterior es el caso de la Universidad Católica, cuya cercanía al centro político y al gremialismo no la excluyó de la intervención militar durante los primeros años de la dictadura, registrada en las memorias del Cardenal Raúl Silva Henríquez, citadas a continuación:

“A comienzos del año 75, el balance era desolador: 152 académicos fueron echados (...) Una segunda oleada de exoneraciones vino en

marzo del 75, con un sesgo político ya del todo indisimulable: se trataba, como diría una autoridad de aquellos días, de una limpieza a fondo” (Silva Henríquez, 1994: 47).

César Ruiz Danyau, entonces rector de la Universidad de Chile, implementó acciones de similar orientación, habida cuenta de un nuevo Decreto Ley que le permitió “suspender de sus funciones al personal con o sin goce total o parcial de remuneraciones por tiempo indefinido” (Decreto Ley 111, 1973), provocando el cercenamiento del cuerpo académico sin necesidad de justificar dicha decisión. Muy similar a lo ocurrido con los estudiantes de la Universidad de Chile, quienes fueron expuestos a distintas sanciones administrativas y académicas, toda vez que existieran pruebas de “una conducta proselitista y sectaria y de haber efectuado actos atentatorios a la comunidad universitaria (...) con anterioridad al 11 de septiembre de 1973” (Decreto 8731, 1974). Son numerosos los recuerdos sobre la intervención de fiscales ocupados de indagar sobre la procedencia política de estudiantes y profesores, tal como consta en los numerosos sumarios administrativos de la época. Se presume que hubo “1600 académicos exonerados sin expresión de razones” (Santibáñez, 1997: 51).

El Pedagógico fue objeto de la intervención militar durante el mismo 11 de septiembre de 1973. Designado un equipo especial de fiscales para ejecutar las acciones de limpieza política, la prensa de la época afirma que cerca de un 80% de todos los directores de la Sede Oriente fueron removidos de sus funciones (*El Mercurio*, 26-X-1973), sus planes de estudio fueron intensamente modificados, siendo excluido una gran parte de su cuerpo académico y estudiantil de retornar a las actividades académicas. Esto no solo comprendió las labores al interior del Campus, sino su coordinación con los organismos de inteligencia nacional, los que provocaron la eliminación prácticamente por completo de algunas escuelas de la sede, así como la desaparición de estudiantes y profesores¹. Aquel fue el contexto en que retornaron

1 Un sumario administrativo de 1973 registra la suspensión de 44 profesores debido a razones políticas (Archivo Andrés Bello, 2016: fs. 13 y 14). Espínola (2019) retrata historias de vida de estudiantes y un profesor del Departamento de Historia, quienes forman parte de los detenidos desaparecidos de la dictadura. Según las cifras generales de personas detenidas desaparecidas, un 19,02% correspondieron al mundo universitario. Información rescatada de: <http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/investig/lamemolv/memolv07.htm>, revisado el 03-VI-2023.

las actividades académicas durante los primeros años de la dictadura en el Pedagógico, lugar que, como veremos a continuación, fue el escenario de las primeras expresiones de resistencia universitaria hacia fines de la década de los setenta.

“Únete a la resistencia”, 1978-1980

Esas fueron las palabras que comenzaron a multiplicarse entre los estudiantes en los pastos del Pedagógico durante los primeros días de septiembre de 1978². La conmemoración a cinco años del golpe de Estado y el inicio de la dictadura cívico-militar, comenzó a convocar a estudiantes y a provocar ciertas acciones de descontento que se concretaron en la primera manifestación pública al interior del Campus Macul. “Ya estábamos en condiciones de algo más de una reunión. Estábamos metidos en el cuento, pero no éramos muchos tampoco”, recuerda el entonces estudiante de filosofía, Jorge Pesce (2015)³. Aquella primera manifestación comenzó el viernes 8 de septiembre, con un acto de protesta simbólica que mostró el repudio a la autoridad universitaria y a las medidas represivas que se ejecutaban en el Campus. “Y empezamos a correr la voz: el viernes a la hora de almuerzo, en los prados del Pedagógico, de negro”, recuerda Pesce, “había que ir de negro: chaleco negro, Beatle negro, pantalón negro... lo que fuera negro”. La demostración del repudio y del luto que significaba la dictadura era, además, una falta grave a las condiciones y reglas que operaban al interior del Campus, en que se prohibían y dispersaban los grupos de más de cuatro personas y los pastos se regaban frecuentemente para evitar que los estudiantes se sentaran. No obstante, según recuerda Jorge Pesce, “llega el viernes y era una cantidad de gente impresionante”, reparando que “en ese tiempo no ponían carteles ni una cosa, se hacía convocatoria boca a boca” (Pesce, 2015). Estas acciones exhibieron el inicio del proceso de rearticulación estudiantil del Pedagógico,

2 Esta frase se encontró escrita en un papel de fotografía que fue anexado como prueba en el marco de un sumario administrativo contra estudiantes que comenzaron a movilizarse, disponible en: Archivo Andrés Bello, Serie Sumarios Administrativos (1973-1983), Sumario administrativo s.n./78: Anexos (Fs. 6).

3 Todos los testimonios citados en este trabajo forman parte del trabajo de Seminario para optar al título de Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica: “Chile en dictadura. Primera etapa, 1973-1980: represión y resistencia” (UMCE, 2016), del cual uno de los autores formó parte en calidad de tesista.

construido sobre la base de redes y cercanías de los estudiantes involucrados, mostrando una prematura resistencia, en comparación con la situación nacional de las universidades estatales, en el micro-mundo del Pedagógico.

Las demandas de aquel sector estudiantil exigían el retroceso del accionar castrense tanto en el micro mundo del Pedagógico como en el contexto político-social chileno, exhibiendo una crítica sistémica a la dictadura y sus expresiones en el mundo universitario, al tiempo que el anhelo por la democratización de los espacios. Uno de los voceros de esta manifestación, Juan Claudio Reyes, afirmó que “la universidad ha perdido sus valores esenciales”, que para él se resumían en “participación estudiantil, libertad de cátedra y diálogo entre alumnos” (*Qué Pasa*, 13-IX-1978). Aquel primer día de manifestaciones exhibió las demandas por restaurar la democracia y la participación, haciendo alusión al carácter coercitivo y represivo de la dictadura, y de sus acciones en el ámbito universitario. Sin embargo, aún no se aludía a la conmemoración del golpe de Estado ni se exigía el fin de la dictadura cívico-militar.

Las manifestaciones del lunes 11 de septiembre fueron más intensas. Jorge Pesce, respecto de este día, recuerda que “el lunes ya la cosa estaba chacreada, agarró confianza, ya fue una marcha” (Pesce, 2015). “Fue la primera marcha [en] que yo participé en la dictadura”, recuerda Patricia Torres, estudiante de Trabajo Social del Pedagógico, “y se hizo en el Pedagógico con la bandera a media asta y se marchó por todo el Pedagógico” (2016). Mientras el entonces estudiante de Pedagogía en Historia, Francisco Vidal (2016), recuerda que todo el descontento “se expresó en una marcha po’, cagados de susto, pero marcha al fin (...) y lo que encabezaba la marcha era una bandera chilena, con un crespón en medio”. Aun cuando no existen registros en prensa o fotografías de esta primera marcha dentro del Pedagógico, las declaraciones entregadas por la entonces decana de la Facultad de Educación, Lucia Izoard, al fiscal que llevó el sumario para expulsar a los responsables, coinciden con lo dicho en los testimonios. Al respecto señala: “el día 11 no estuve presente, pero según fui informada por los alumnos, habían alrededor de 400 personas (...) un numeroso grupo marchaba gritando consignas encabezados por un alumno que portaba la bandera nacional con un crespón” (Sumario administrativo s.n./78, Fs. 13). Uno de los alumnos

que la decana señaló, el estudiante de Pedagogía en Historia, Fernando Ramírez, afirmó que “en los jardines, entre Filosofía y el casino de profesores, [observamos] a un grupo de 30 personas, sentadas en un círculo, que tarareaba unas canciones folclóricas”, que seguidamente “empezó a incrementarse y pudimos observar que en un momento dado este alcanzaba a unas 120 personas,” advirtiendo que “en el centro del grupo y afirmada en un árbol tenían una bandera chilena, a media asta, con crespón negro” (Fs. 65, 66). Aquella manifestación fue mucho más radical que la del viernes 8 de septiembre, en tanto se expresó a través de los canales de protesta pública ya conocidos y utilizados, y que la dictadura buscaba eliminar: las marchas y los cánticos de protesta. A esto se suma su capacidad de articulación y convocatoria, que logró contrarrestar el diseño institucional que proporcionaba el régimen desde su visión de la cultura y la universidad, a través de la ocupación del espacio público de las universidades con motivos político-conmemorativos, conformando la primera marcha estudiantil en una universidad en el contexto dictatorial chileno. Su convocatoria logró captar la supervivencia de una cultura política universitaria presente a lo largo del tiempo en el Pedagógico, en que se reunieron demócrata cristianos y miembros del PC, PS y MIR, aunados por el repudio a la dictadura y todas sus expresiones en el tejido social. La bandera a media asta con un crespón negro representó la etapa oscura, dolorosa y llena de pérdidas, expresada en las palabras que recordaba uno de los estudiantes delatores, adosadas a Juan Claudio Reyes, estudiante del Pedagógico y ex líder de la Federación de Estudiantes Secundarios: “Dijo que ellos nada tenían que celebrar, ese día era negro, oscuro y que solo los que defendían la dictadura debían celebrarlo” (Fs. 6).

Esta primera manifestación pública de la resistencia estudiantil en el Pedagógico de la Universidad de Chile exhibió igualmente a quienes componían la esfera de la represión ejercida al interior del Campus Macul. Aquellos que, con o sin pertenecer a los organismos de seguridad que la dictadura había montado al interior del Pedagógico, se convirtieron en fuentes de información y control con base en delaciones del accionar de estudiantes. Esto no solo involucró a la esfera administrativa y académica, sino que permeó incluso al estudiantado, quienes, haciendo uso de los espacios comunes y su capacidad de conseguir información, funcionaron como agentes de la oficialidad militar incrustada en el Campus. Esto permite que, paradójicamente, sepamos tanto

o más detalles de las acciones de resistencia estudiantil por parte de los delatores, ya que mediante el sumario administrativo entregaban una gran cantidad de datos para las sanciones, siendo incluso mayores (o más detalladas) que lo entregado por los testimonios de los propios protagonistas. Ciertamente, las formas represivas que actuaban en el interior del Campus requerían de actores determinados dispuestos a representarlas. Es así como, desde esta primera manifestación pública en el Pedagógico, la represión y resistencia tomaron forma y lugar en los espacios del Campus, comenzando una batalla por las demandas emanadas del mundo estudiantil que se contrarrestaba con una férrea represión de la autoridad militar, situación hasta entonces impensada en el escenario universitario nacional comandado por mano castrense.

La resistencia en el Pedagógico comenzó a adquirir mayor complejidad y expectativas en tanto sus personeros comenzaron a ser conscientes de los espacios que el propio orden castrense aún no controlaba, a pesar del despliegue de sus organizaciones de inteligencia: “descubrimos que teníamos que ampliar nuestra capacidad de llegada a los estudiantes y se decide atacar la línea gremial”, recuerda Jorge Hidalgo, “pero como no era posible enfrentar una democratización de los centros de alumnos designados, se comienza en distintas escuelas a tomar distintos puntos que son importantes para los estudiantes” (1996). Respecto de esto, Patricia Torres recuerda “nos empezamos a organizar y como yo empecé a llevar la voz de todas estas demandas, fui a hablar con la directora, salí elegida con una amplia mayoría de votos como delegada” (Torres, 2016). “Pero delegados en el sentido informal”, recuerda el entonces estudiante de Castellano, Luis Espinoza, “no representantes del Centro de Alumnos, sino de las agrupaciones que nosotros teníamos de forma paralela” (Espinoza, 2016). La organización por departamentos, para tratar asuntos cotidianos o administrativos de una manera, abrió paso a posicionar la voz de los estudiantes. En un contexto de callada obediencia, el simple hecho de dar un espacio mínimamente participativo permitía que se abriera una posibilidad hasta entonces vedada. Una señal de participación restringida otorgada por la oficialidad militar sería usada por los estudiantes para ganar mayor espacio: la elección de delegados por facultades que funcionarían como una asamblea consultiva de segundo orden, supeditada a la dirigencia designada de la FECH. Los más cercanos al régimen

la bautizaron como “las nietas de la FECH”, en alusión a su grado menor de decisión y participación que, se esperaba, estuviera controlado además por una aplastante mayoría de delegados proclives al régimen. Sin embargo, la lectura hecha desde el estudiantado del Pedagógico se afirmó en que, “a pesar de lo injusto del procedimiento y de lo ilegítimo del Estatuto” que rodeaba todo el clima eleccionario, “los estudiantes optaron por utilizar aquella pequeña rendija que abría la normativa”, posicionando así su movilización y descontento en la esfera institucional y “obtener de este modo legítimos representantes” (Brodsky, 1988: 28). Aquello que se erigió como un arma de falsa participación para el estudiantado, fue leído como sinónimo de oportunidad ante la crisis que, desde la lectura universitaria, padecía la universidad en general y, por cierto, el Pedagógico. Dicho proceso fue favorable para la resistencia estudiantil, en tanto los estudiantes opositores al régimen conformaron el 75% de los estudiantes elegidos en 1979, lo que exhibió la capacidad de adhesión que el rechazo a la dictadura concitaba en el estudiantado y la potencialidad de su convocatoria. El entonces estudiante de Biología Remis Ramos recuerda que “este movimiento estudiantil adoptó a la FECECH como una vía de generar autonomía en los estudiantes” (Ramos, 2016).

Probablemente, la más significativa de las expresiones de resistencia en el Pedagógico no fue su dimensión institucional, anclada a los delegados, sino su vertiente cultural. La Agrupación Cultural Universitaria (ACU), surgida dentro del estudiantado de la Universidad de Chile, tuvo una propia recepción y significación por los estudiantes del Pedagógico, masificando las expresiones políticas de descontento y rechazo que ya empezaban a madurar. “La expresión de la rebeldía máxima es la ACU”, recuerda el entonces estudiante de Biología, Remis Ramos, “porque hace, hacemos, ahí me incluyo, lo que se nos da la gana hacer” (Ramos, 2016). “Nos juntábamos todas las semanas o varias veces a la semana”, recuerda uno de sus líderes, “la estructura era de talleres y cada taller tenía su delegado. Casi todas las escuelas tenían uno, dos o tres talleres involucrados en la ACU” (Larrea, 1996). Aquellos testimonios dan cuenta de una actividad artística y cultural que se vigorizó y masificó a través de cada departamento, sostenida por la mantención de ciertos espacios en que, bajo la óptica de la oficialidad universitaria, aún no existía nada de política dentro, al vin-

cularse a la creación artística. Remis Ramos recuerda que “eso no lo pudieron parar”, y remachaba en que: “juntar tres, cuatro ya era difícil, quince personas creando algo era muy poderoso, muy poderoso ¿no?” (Ramos, 2016).

La unión entre lo cultural y lo político hizo nacer una cultura de resistencia que tuvo entre sus máximas la solidaridad estudiantil. Dicha fórmula ayudó a justificar la movilización de los estudiantes frente a las autoridades universitarias, en tanto eran parte de los delegados de cada departamento por la vía institucional y participaban en talleres de creación y expresión por la vía cultural. Tal es el caso de las protestas que tuvieron lugar en Santiago en 1979 por la conmemoración del primero de mayo, en que dos estudiantes del Pedagógico fueron detenidos (*Qué Pasa*, 3-V-1979). “Paros, asambleas y el himno de la alegría” (*Hoy*, 12-V-1979) fueron las acciones ejecutadas desde el Pedagógico en solidaridad con los estudiantes detenidos, provocando incluso la desvinculación de algunos estudiantes por participar en dichas acciones. Pero aquello solo agudizó aún más la posición del estamento estudiantil, quienes organizaron nuevas manifestaciones a fines de mayo. “La paz nace de la libertad”, afirmaba un lienzo en que los estudiantes plasmaban su repudio al accionar represivo, que iba acompañado de otro que afirmaba: “¡exigimos reintegrados, no queremos expulsados!” (*Hoy*, 23-V-1979).

Fue así como la resistencia estudiantil al interior del Pedagógico comenzó a tomar cada vez más alcance y estructura. Con una organización de delegados estudiantiles que tenían presencia en la FECH delegada y ante los directivos de sus carreras, y la ebullición creativa propiciada por los talleres de la ACU-MACUL, y permitiendo la movilización permanente y masiva de los estudiantes a pesar de los dictámenes de la oficialidad castrense y de sus representantes en su micro-mundo. Bien lo resumió uno de los participantes de la resistencia, Remis Ramos (2016): “no podís’ agarrar el agua con las manos”.

¡La Malva no se va!, 1980

Las acciones de resistencia estudiantil tuvieron un nuevo motivo para movilizarse durante el primer semestre de 1980. La entonces profesora del Departamento de Español, Malva Hernández, había sido notificada de su repentino despido. El motivo que entregó la autoridad uni-

versitaria fue su participación en la Agrupación de Familiares Detenidos Desaparecidos desde 1976. Al respecto Malva Hernández (2016) recuerda: “yo le pregunté que por qué querían que yo me fuera, ella me dijo: ‘porque perteneces a ese grupo de familiares’”. Efectivamente, habían pasado cuatro años desde que el hijo de la entonces profesora de Lingüística, y recién en primer año de Licenciatura en Filosofía, Rodrigo Medina Hernández, había desaparecido a manos de la DINA, por pertenecer al Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Fue ese mismo año, a pocas semanas de haber desaparecido Rodrigo, que la profesora Malva Hernández, en medio de la ceremonia del inicio del año académico, decide acercarse al recién designado rector de la Universidad de Chile, general Agustín Toro Dávila. “Entonces le dije: ‘Sabe señor Toro, yo trabajo aquí, en el departamento tal y cual, mi nombre es tal, estoy en la escala 15 porque somos ayudantes no más. Yo tengo —tuve mucho cuidado de decirlo en presente— un hijo que estudia filosofía en primer año, entró este año no más en marzo o en abril, y el 27 de mayo lo detuvieron no sé dónde: ¿usted puede ayudarme en eso?’” (Hernández, 2016). Recuerda Malva Hernández que el general Toro solo se limitó a decirle que hablara con su edecán, de quien la profesora recuerda no haber recibido alguna respuesta sobre el paradero de Rodrigo⁴. Malva Hernández comenzó a participar de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos desde ese mismo año, y la condición de desaparecido de Rodrigo fue algo conocido por gran parte de la comunidad del Campus Macul. Esto catapultó que, una vez enterados de su participación, la oficialidad universitaria actuara en contra de ella, mediante un despido que no tenía mayores razones, además de los temas políticos. La misma mañana que Malva Hernández fue notificada de su despido, en los pastos del Pedagógico se encontró con Jorge Pesce, entonces delegado de Filosofía, quien al respecto recuerda: “me cuenta que estaba exonerada, y me mostró la carta incluso, y dije ‘pero no pos huevón, y por qué’. Ahí se fue toda una conversa, ella se fue y yo cito a una reunión en el centro de alumnos, y cuento esta historia. Fue el pri-

4 Toda la cronología de la detención de Rodrigo Medina Hernández puede consultarse en: http://www.archivochile.com/Memorial/caidos_mir/M/medina_hernandez_rodrigo.pdf. Además, por motivo de la conmemoración de 40 años desde la detención de Rodrigo, la familia Medina Hernández decidió abrir un sitio de Internet que narra su historia de vida y su fatídica desaparición: <https://www.rodrigomedinahernandez.cl/>, revisado el 03-VI-2023.

mer hecho leído, organizado, ejecutado políticamente” (Pesce, 2016). Jorge Pesca formaba parte de la resistencia al interior del Pedagógico desde 1978, y canalizaba su accionar a través de su trabajo como delegado del Centro de Estudiantes de Filosofía. Esto ayuda a entender su lectura del caso como el primero accionado políticamente.



Figura 1. Marcha estudiantil en el Pedagógico, 1980.

Fuente: Fotografía tomada por Remis Ramos.

El caso de Malva Hernández es el de una madre que busca a su hijo desaparecido y que, por causa de esa búsqueda, es exonerada de la Universidad sin recibir mayor explicación. Pero, a su vez, es el caso de una profesora buscando a un estudiante detenido desaparecido. Esto plasma todo el horror de la dictadura, a través de la desaparición forzada de personas y la incesante búsqueda de los familiares en los propios pastos del Pedagógico, generando acciones de solidaridad estudiantil. Ya el caso no era foráneo ni extraño a nivel nacional: era local y había penetrado al micro mundo del Pedagógico. Tenía involucrados directos, identificables, que funcionaban como rostros o representaciones de la represión y la resistencia, y que fácilmente se podrían topar en el patio, en las salas o en el casino.

“Tuvimos el primer paro de oposición radical”, recuerda el entonces estudiante Pepe Auth (1996), “fue en Castellano. El motivo fue que la autoridad expulsó a la profesora Malva Hernández, madre de un es-

tudiante detenido desaparecido”. El recuerdo de la primera oposición radical colinda con la lectura de la ejecución totalmente política hecha por Jorge Pesce, al exhibir un rechazo directo que contempló una postura mucho más aguda que el accionar comunitario hasta entonces experimentado. Efectivamente, las repercusiones del caso de Malva Hernández llevaron a la resistencia estudiantil a iniciar el primer paro indefinido en el Pedagógico en dictadura, que exigía la reincorporación de la profesora a sus funciones. Así señala la revista *Hoy* (25-VI-1980), respecto de la “inquietud por las exoneraciones” desmedidas en el Pedagógico, que a su vez abría paso a una organización mayor en cuanto a sus proyecciones y expectativas. La propia Malva Hernández recuerda: “...pararon las clases, no fueron, fue el primer paro que hubo en la universidad, eso nadie lo recuerda ¿sabes?, fue la primera vez que paró alguna escuela de la Universidad de Chile” (Hernández, 2016), reparando en lo inédito de sus acciones y lo que reflejaban en la escena local. El ya citado Jorge Pesce agregaba que “aquí hay algo más importante (...) y es que se está sentando un valioso precedente al salir los alumnos en defensa de sus profesores” (*Hoy*, 25-VI-1980).

Junto con la paralización indefinida, los estudiantes demostraron su apoyo en aquellos canales de expresión más clásicos del mundo estudiantil: los lienzos, los gritos, las marchas y, por cierto, las paralizaciones. “El grito era ‘la Malva no se va’”, recuerda Jorge Pesce (Pesce: 2016), aludiendo a las jornadas de protesta en que el estudiantado hacía caso omiso de un contexto de profunda censura y represión, decidiendo organizar manifestaciones internas que fueran en directa relación con la reincorporación de la profesora. “Fue un gallito entre la autoridad de la Universidad y el Peda”, agrega Pesce, respecto de esta movilización. Y remacha: “porque si bien ella hacía clases en Filosofía y Letras, todo el resto del Centro de Alumnos y los dirigentes, las organizaciones del Peda de otras facultades, se plegaron a la defensa de la Malva” (Pesce: 2016), exhibiendo en su amplitud la realidad de la solidaridad estudiantil desplegada por la destitución de la profesora. La capacidad de convocatoria y la transversalidad del apoyo brindado, junto con múltiples canales de acción y expresión, dieron como resultado la excepcionalidad para el contexto nacional del caso del Pedagógico, una institución que se encontraba sumida bajo el control militar o, en algunos casos, tempranamente manifestándose en con-

tra de algunas expresiones coercitivas. Esto puso en jaque la situación universitaria, que se pensaba sumamente controlada desde el mando designado en cada cargo de la Casa de Bello, alertando a la oficialidad militar de las acciones estudiantiles en Macul 774.



Figura 2. Marcha estudiantil en el Pedagógico, 1980.

Fuente: Fotografía perteneciente a Malva Hernández.

La figura 2 muestra una marcha interna en el Campus Macul, y exhibe las dimensiones que alcanzó el caso de la profesora Malva Hernández, al convocar a distintos estudiantes en torno a su despido injustificado, en un escenario de evidente resistencia al interior del Pedagógico. Manifestaciones que tiñeron la resistencia de los estudiantes del Pedagógico como una excepcionalidad en el clima universitario, concentrando muy atentamente las miradas de los otros planteles, de las autoridades universitarias y de la oficialidad militar. Los límites y dimensiones del caso se expandieron más allá de Macul 774, generando respuestas en otras casas de estudio y en otras latitudes. Desde la Universidad Austral, el filósofo Jorge Millas envió un telegrama a su par Joaquín Barceló, entonces decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, quien fue la persona encargada de ejecutar la exoneración de la profesora Malva Hernández (*Hoy*, 02-VII-1980). “How could you?” fueron las palabras de Millas para Barceló, ante el desconcierto de sus decisiones. El decano a esa altura no solo contaba con la exoneración de la profesora, sino también con decenas de alumnos desvinculados o sancionados por haber

participado en los actos en solidaridad con esa causa. La situación se volvía más desconcertante cuando por la prensa se filtraba el apoyo de Barceló a Millas en su exoneración de la Universidad. Él respondía: “yo creo que no ha habido ningún cambio en mí”, aludiendo a su defensa de la reforma universitaria del 68, “...como decano, tengo la responsabilidad de mantener la universidad caminando”, que en palabras sencillas se definía como obedecer los designios militares y extinguir toda señal de revuelta. Y remataba que, a su juicio, la Universidad no está “a merced de paros y cosas por el estilo” (*Hoy*, 02-VII-1980). El contexto internacional tampoco estuvo ajeno a lo que acontecía en el Pedagógico. *The New York Times* (10-VII-1980), en su página dedicada al caso chileno, ocupó un párrafo en sentenciar que “en la Escuela de Filosofía y Letras, 39 estudiantes fueron suspendidos por un año, después de una protesta pública por el despido de Malva Hernández”⁵.

Emplazadas por estudiantes y por autoridades de otras casas de estudio, los responsables universitarios afirmaron que el despido de la profesora Malva Hernández respondía “a decisiones presupuestarias y racionalización académica”, según el entonces rector Agustín Toro Dávila (*La Tercera*, 04-VII-1980), complementado por los dichos del decano Joaquín Barceló quien “duda de la utilidad de impartir este curso”, única actividad académica dictada por la profesora Malva Hernández, “pues cree que no cumple los objetivos para los que fue creado” (*La Tercera*, 18-VI-1980). Y finalizaba el entonces presidente de la FECECH, Eduardo Silva, señalando que este “era un problema eminentemente universitario, que elementos interesados han tratado de proyectar como político” y que “en ningún caso representa a los 13.000 alumnos del Campus Oriente” (*La Tercera*, 19-VI-1980).

Lejos de provocar anomia en la resistencia estudiantil, la rigidez de las autoridades universitarias incitaba a que las demandas se fueran interiorizando y radicalizando aún más. Fue fundamental el campo de experiencias que la resistencia ya había explorado desde su conformación en 1978, potenciando ciertas máximas que mantenían a lo largo de su discurso y accionar político. Como ya se ha mencionado, la acción estudiantil fue canalizada a través de un caso que remecía el propio tejido social del Pedagógico, exhibiendo a su vez la brutalidad del

5 La traducción es nuestra.

régimen militar. Solidaridad, micro mundo y represión se asociaron en un mismo caso, produciendo una respuesta radical que no pretendía menguar prontamente.



Figura 3. Despedida de Malva Hernández del Pedagógico, 1980.

Fuente: Fotografía tomada por Remis Ramos.

Según el autor y sus protagonistas, la fotografía de la figura 3 pertenece a la última marcha en solidaridad con la profesora Malva Hernández. Dos tomas muestran a un estudiantado movilizadísimo que, ante la negativa respuesta de la autoridad, simbólicamente va a dejar hasta la puerta a la profesora exonerada en señal de respaldo y compañerismo. La profesora Malva Hernández, quien se encuentra hacia el costado izquierdo de la fotografía, se despide del estudiantado, que conformó probablemente el mayor desafío hacia la autoridad universitaria en los siete años de dictadura cívico-militar. Fechada a mediados de julio de 1980 esta imagen exhibe al micro mundo del Pedagógico en sus escenas más íntimas y seguramente desgarradoras, estando obligados a acatar lo que la autoridad universitaria ya había sentenciado como epitafio final. Al mismo tiempo, desde las autoridades centrales de la Universidad, la respuesta era categórica respecto a la exoneración de la profesora, en tanto la mencionada situación presupuestaría “en la actualidad, afecta a todas las universidades del país”, según mencionó el rector Toro Dávila (*La Tercera*, 04-VII-1980).

La demanda por su reinserción, que no se cumplió, estuvo lejos de funcionar como un cortafuego de lo que significó la dimensión de la resistencia estudiantil. Los dardos apuntaron hacia el micro mundo

nuevamente, pero esta vez contra las figuras de la represión que se encarnaban en los patios y salas de clases, provocando una convivencia a la fuerza entre represores y resistentes, conocida desde la reapertura del Pedagógico después del golpe de Estado. El Campus Macul fue objeto de vigilancia, control y disciplinamiento desde el mismo día del golpe (Mönckeberg, 2013: 65-67), y las relaciones existentes hasta ese momento fueron alteradas en pos de una reestructuración en que las jerarquías y roles estipulados en el diseño universitario se resquebrajaron en función de nuevos objetivos. Perseguidos y persecutores, indeseables y depuradores. El “cáncer marxista” que la junta militar se apuraba en sentenciar desde sus primeros comunicados, tuvo su expresión directa en el micro mundo del Pedagógico, específicamente en estudiantes, profesores y funcionarios pertenecientes a la izquierda que conformaba el bloque de partidos de la Unidad Popular. Aquellos representantes que desde el proceso de reforma universitaria habían colaborado en que el Pedagógico fuera identificado como la “sede roja” (Subercaseaux, 2014: 170) de la Universidad de Chile. Delatores e interventores llevaron a cabo una erradicación política que distorsionó las dinámicas micro del espacio social que componía la universidad, alterando lo conocido y reemplazándolo por nuevas dinámicas en que se incluía la delación, el soplónaje, el control y la vigilancia permanente. El nombre formal de este organismo era Coordinadora Administrativa, y la autoridad universitaria la identificaba como el “servicio administrativo de las unidades comunes del Campus Macul”, creado para “administrar a todas esas dependencias”, según afirmaba el decano Joaquín Barceló (Baeza, 2005). En sus antípodas se situaban los estudiantes, que señalaban a dichas personas como “tipos de aspectos misteriosos [que] piden las credenciales para ingresar al Campus”, y que además “tienen fotografías, gente que intimida y saca nuestros carteles” (*Hoy*, 16-VII-1980). En sus memorias, Ricardo Brodsky los identifica como “una extensa red de soplones y guardias que se parapetaban en una oficina llamada de ‘coordinación administrativa’” (1988: 21). Más taxativo aún es Jorge Pesce al respecto: “La coordinación administrativa era el nombre de fantasía que tenía cuartel de la CNI al interior del Pedagógico. Ahí se organizaba la represión” (Pesce, 2016).

Entre mayo y julio de 1980 el Pedagógico fue un lugar de movilización universitaria en donde los estudiantes desafiaron lo establecido. Pero esto no pasó inadvertido por las autoridades del Campus. Así lo

asume el decano ya citado, Joaquín Barceló, quien ejecutó sanciones contra 39 estudiantes “por haber estado durante varios días metiendo bulla, no dejando hacer clases, armando desfiles con carteles, repartiendo panfletos y —sobre todo— llamando a una paralización de actividades” (*Hoy*, 02-VII-1980). La entonces presidenta del Centro de Alumnos de Trabajo Social, Patricia Torres, recuerda: “no nos dejaban entrar porque estábamos todos sancionados y por lo tanto no éramos alumnos” (Torres, 2016). “Esto sucedió cuando hicimos el paro por la exoneración de la profesora Malva Hernández”, agrega Pedro Montt (*Hoy*, 16-VII-1980), presidente del Centro de Alumnos de Ciencias, respecto de las sanciones a estudiantes.

El organismo encargado de la vigilancia y represión no contaba solamente con personal foráneo, sino con un “personal administrativo y hasta estudiantil de inspiración y estilo netamente fascista” (*Hoy*, 16-VII-1980), según firmó Eduardo Silva, presidente de la FECECH, institución estudiantil cercana y diseñada directamente por el régimen. Su accionar represivo se intensificó con las acciones de resistencia del estudiantado, desarrollando una batalla campal al interior de la Universidad. Recuerda Patricia Torres que “en muchas oportunidades nosotros desafiábamos esa situación y siempre había pelea, los estudiantes me salían a defender, los fachos se escondían, que se yo y había como una pelea, esos gallitos de todos los días para entrar al pedagógico” (Torres, 2016). Aquellos enfrentamientos no eran solamente con personal administrativo, sino con sus extensiones al mundo estudiantil que, contrariamente al movimiento de resistencia, se unía a la represión ejercida contra su propio estamento en función de su domicilio político. “Estaba el guatón Thomas. Que era un facho recalcitrante, con los hermanitos Ramírez, que eran de la CNI”, recuerda Patricia Torres (2016) acerca de los estudiantes que trabajaban para la Coordinadora Administrativa en el Pedagógico. Jorge Pesce. Agrega que del “Eduardo Ramírez me acuerdo de que era un huevón chico, flaco, que le decían laucha... no me acuerdo cómo le decían, entre nosotros ¿no?, pero eran el vínculo más visible entre estudiantes y represión dentro del Peda. Y con Thomson, un gordo grande, que era el otro que se movía en ese campo, y unos 6 o 7... que eran como medios paranoicos, cuando salían eran como bien locos” (Pesce, 2016). Esto se vincula a la información entregada por *Hoy*, afirmando que “dos funcionarios de ella [la Coordinadora Administrativa], de apellido Ra-

mírez, cesaron en sus labores (*Hoy*, 16-VII-1980). Eduardo y Fernando Ramírez eran dos estudiantes de Historia y Geografía del Pedagógico, identificados como parte de la represión ejercida en el interior de la Universidad por los estudiantes ya citados, a través de su colaboración en el soplónaje, delación y enfrentamiento directo. En páginas anteriores ya ha sido citado su accionar de delación a propósito de la primera marcha estudiantil organizada en el Campus Macul el 11 de septiembre de 1978. Su rol en la Coordinadora Administrativa también es mencionado por el ya citado Eduardo Silva, entonces presidente de la FECECH, quien luego de entrevistarse con el rector afirmó: “dos personas han cesado en sus funciones. Uno de ellos, de apellido Ramírez, a quien los alumnos habían acusado de ser un agente de seguridad, que ha amenazado en múltiples ocasiones a estudiantes de ese Campus” (*La Tercera*, 4-VII-1980).

Las dinámicas diarias del Pedagógico se volvieron un enfrentamiento intenso y permanente entre los propios estudiantes, separados en represores y resistentes que buscaban posicionarse en el espacio universitario. Sus actividades, amparadas en el secretismo y la intimidad de sus reuniones, dieron paso a manifestaciones públicas y explícitas, en que el combate entre unos y otros no se dio en el plano solamente discursivo o legal (producto de las sanciones), sino en lo ideológico-político y físico. Las respuestas violentas de la represión poco hicieron por calmar o infundir el terror en la resistencia estudiantil. Para estos últimos, el lento proceso de reconfiguración y articulación había dado sus frutos en la dimensión de sus convocatorias y la forma de movilización que ejercían en respuesta a la autoridad universitaria. La entonces presidenta del Centro de Alumnos de Trabajo Social, Patricia Torres, recuerda: “Yo estaba en el Pedagógico después de miles de jornadas, estábamos agotados, yo así sentada al frente del casino, y este [Eduardo Ramírez] pasa y me tira los panfletos. Y yo grite así y se dieron cuenta todos, fue una cuestión impresionante, habían sancionado recién no sé a cuántos estudiantes por panfletos” (Torres, 2016). Jorge Pesce, respecto de las tácticas que utilizaba la dimensión estudiantil de la represión, recuerda: “A mi igual me hicieron esa talla. Yo llegué un día la Peda, y veo al Peda tapizado huevón, de volantes así, con mi cara, ‘cuídate Pesce, este es huevón, no sé qué cosa, lleno, lleno, tapizado” (Pesce, 2016). En este mismo ámbito, Patricia Torres

recuerda detalladamente un episodio en que este enfrentamiento directo tomó forma en el casino de la Universidad:

“...una vez estábamos en el casino y siempre discutíamos con los hermanos Ramírez y el Thomas, con ese, así como, esa forma media irónica que ellos tenían pa decirte: ‘tú soy una tontona, te están usando’, estaban provocando. Entonces nos sometimos a una discusión así fuerte, y yo le dije: tú por qué estás desprestigiando esto, tú debes ser un pobre tipo que seguramente te están pagando pa que estés haciendo estos problemas. Ya y ahí comenzó una discusión y de repente empieza toda la batahola y empiezan a tirar los Kétchup, las mostazas... todos los estudiantes, y monedas, monedas. Y salieron todos manchados...” (Torres, 2016).



Figura 4. Recorte de prensa, diario *La Tercera*, 1980.

Fuente: Archivo personal, Malva Hernández.

La progresión del accionar estudiantil marcó los últimos meses de 1980 como de agitación, movilización y repudio estudiantil hacia las expresiones represivas y dictatoriales en el Campus. La denuncia de elementos de control y represión había pasado hacia la exigencia a la autoridad de que sus labores cesaran y que se restaurara un clima social que propiciara la vida universitaria. Fue así como la demanda de Malva Hernández dio paso a un petitorio más amplio y transversal de las situaciones que aquejaban al Pedagógico. El dirigente estudiantil Javier Sáez lo identificaba como “un movimiento de definido carácter universitario”, en que “hemos ganado en organización y fuerza, en

unidad”, señalando que “en Macul ya no hablamos de escuelas aisladas; podemos hablar con propiedad de un real movimiento de todo Macul”. Las demandas que el mismo dirigente especificó eran: “salida de la Coordinadora, anulación de los sumarios, reintegración de todos los alumnos expulsados y el libre acceso al Campus, eliminándose las exigencias de credenciales” (*La Ciruela*, XII-1980). Dicha movilización prosiguió durante los siguientes meses, llegando a acciones inéditas en el estudiantado. Una de ellas, expresadas en la figura 3, fue la clausura simbólica de la oficina de la Coordinadora Administrativa. El entonces estudiante de sociología José Auth recuerda al respecto: “Un grupo de “La R” (resistencia) organiza un “huevozo” e inunda dicha sala de huevos y es ahí cuando se lanzará una campaña contra la tristemente célebre Coordinadora Administrativa; eso fue en los meses de noviembre y diciembre de 1980” (Balladares y Romo, 1996). La clausura simbólica no solo atendía al sector políticamente movilizado de la resistencia, sino que también contempló a la creación cultural fructífera que existía en el Campus. Jorge Pesce recuerda el diálogo con el poeta Rodrigo Lira, que funcionó como planificación de la clausura de la oficina. “Jorge, tú que eres político, te quiero contar algo, avísale a tus amigos, ‘¿qué cosa?’ ‘hoy día a la hora de almuerzo, vamos a hacer una performance en coordinación...’ La clausuraron, el Rodrigo Lira con los otros huevones la clausuraron, con cadena, papel confort, leyeron poemas, y lleno de huevones ¿cachai? Se hizo visible...” (Pesce, 2016). Patricia Torres, desde la vereda más política, recuerda que “entonces fuimos eh, desde los chiquillos del MIR, trajeron huevos podridos, también venían con tablas con martillos e hicimos la clausura de la coordinación, de la oficina de la coordinación administrativa, y así, clausurado por insalubre, así por sapos, por todo así, y después todos tirando huevos podridos, los tipos estaban súper asustados” (Torres, 2016). Los actos de la resistencia dieron a conocer la capacidad de articulación y la dimensión del movimiento, al mismo tiempo que exhibieron sus demandas en el escenario público, subvirtiendo el orden y la jerarquía establecida. El control y la vigilancia que otrora inspiraba principalmente temor y desconfianza, durante 1980 fraguó la articulación de acciones elocuentes, simbólicas y cargadas de contenido político. Las redes estudiantiles ya eran exhibidas en lo público y los estudiantes mostraban su seguridad respecto de quienes pertenecía a la resistencia. Esto desembocó directamente en su repertorio de acciones, vién-

dose acrecentado a la luz de las posibilidades que entregaba el nuevo grupo humano identificado como “la R”. Hasta ese momento, el clima social y político del Pedagógico parecía más un pregonero de lo que serían los años de la década venidera que la manifestación de una movilización nacional. Una vez más era expuesta la excepcionalidad del Pedagógico respecto del ambiente universitario nacional.

Los ánimos de protesta y movilización que imperaron en el Pedagógico de 1980 no fueron bien recibidos por la Junta Militar y sus representantes en el Campus. La intervención directa de la mano militar mediante el cierre anticipado del año académico fue la medida de fuerza escogida para contener su propagación en las otras sedes. El micro mundo se quedaba sin el espacio físico que le había brindado al estudiantado los límites necesarios para fecundar la excepcionalidad de lo que allí ocurría. A esto se sumó el nombramiento de nuevos rectores en todos los planteles universitarios, augurando el nuevo escenario institucionalizado con la nueva Ley de Universidades. A través de la disposición de su cargo, el rector nombrado por Pinochet, quien desde su ceremonia inaugural conoció el caso de Malva Hernández, le dio paso a una de las figuras más cercanas de la Junta Militar, el edecán del general Pinochet durante el primer año de dictadura, Enrique Morel Donoso. Su sorpresiva elección fue acompañada por sus primeras sentencias para el estudiantado chileno. En su primera entrevista como rector de la universidad, el general Morel sentenció que “debe haber un horario seguido. Luego el tiempo restante dedicarlo a estudiar y si le queda algo practicar deporte” (Baeza, 2004: 8), aplacando las intenciones de movilización a través de la exigencia universitaria y así contener los ánimos de la resistencia. El general Pinochet, por cierto, enterado de la situación que acontecía en el Pedagógico, buscaba concretar la fórmula que según su óptica erradicaría la resistencia estudiantil y le daría a la Universidad un nuevo estilo cercano a la vereda neoliberal. Respecto de lo primero, el mismo fue tajante en declarar: “se acabó la efervescencia en la Universidad” (Baeza, 2004: 9).

Conclusiones

El Pedagógico vivió entre 1978 y 1980 un proceso de conformación y conducción de la resistencia estudiantil que, para el ambiente nacio-

nal, fue una evidente excepcionalidad. Las ideas fuerza que dieron espacio y razón al accionar de la resistencia dialogaron en torno a múltiples causas que permitieron su accionar en el tiempo, encontrando en las experiencias de movilización universitaria ya conocidas (organización de representantes, petitorio de demandas y los respectivos mecanismos de tensión hacia la institucionalidad universitaria, entre otros) sus canales de contestación. Fue fundamental la conjugación de aquellos factores al momento de construir y solidificar un grupo humano con rasgos generacionales, que se identificó y fue parte de un movimiento de resistencia que, entre otros, encontró en la destitución de una profesora la motivación suficiente para conformar su accionar. Como se ha argumentado, la conjugación a la que nos referimos es, por un lado, la de las expresiones de la brutal represión desencadenada por la dictadura, sumadas a las dimensiones que lograba alcanzar la solidaridad estudiantil y cómo esta se materializaba en el micro mundo del Pedagógico. Represión, solidaridad y micromundo. El caso de Malva Hernández condensó estas tres esferas en un solo accionar, que representó el punto más intenso de la resistencia de ese entonces y que conecta al propio Pedagógico con el carácter excepcional-radical respecto de la Universidad de Chile que sus propios actores le imprimen (Subercaseaux, 2014). De aquello se desprende un movimiento que difícilmente pudo acallarse una vez que la autoridad universitaria respondió negativamente a la reincorporación de la profesora. Sus dinámicas alcanzaron fuerza, convicciones y masividad que solo pudieron ser interrumpidas con rupturas irreconciliables desde la esfera social e institucional, cerrando el año académico, expulsando a una porción de los manifestantes, intensificando la censura y el control, y por último trasladando la comunidad universitaria a un nuevo edificio que expresó, en el plano material, lo que sucedió en los meses posteriores: el desmembramiento de la Universidad de Chile y posterior aislamiento del entonces Pedagógico, a la sazón convertida en Academia Superior de Ciencias Pedagógicas. En otras palabras, el designio militar no hizo más que mostrar la salida al laberinto que suponía la agudización del estudiantado, mostrando una de las realidades más crudas de los regímenes militares: la imposición por la fuerza.

A pesar de su determinación, el régimen poco pudo augurar lo que el escenario estudiantil comenzaría a fraguar en los años venideros.

No obstante, sus salidas institucionales han permanecido como una huella tangible hasta el presente en el escenario universitario: el desmantelamiento de bibliotecas, la relegación de personal y, por cierto, el desmembramiento del Pedagógico de la Universidad de Chile, son algunas de estas expresiones. Los designios del poder castrense truncaron el horizonte de expectativas de la resistencia que había nacido en los pastos de Macul 774. Y la mano militar, en el contexto de institucionalización del régimen, apuró su política de desmembramiento de la Universidad de Chile, cercenando al Pedagógico de su tradición histórica y relegándolo a una estructura inferior. Las políticas de control se agudizaron al tiempo que el Campus era rebautizado como Campus Lircay, invocando la antigua victoria conservadora sobre los liberales ocurrida en 1830, proyectando la victoria de la institucionalidad militar sobre el mundo estudiantil. Pero, como recuerda una entonces estudiante del Pedagógico que lo visitó en marzo de 1981 y se encontró con el proceso de remoción y depuración militar, “si hay algo en que no nos han ganado es en la pelea para quitarnos la alegría, la capacidad de ser felices, de reírnos todavía, a pesar de todo” (*Araucaria de Chile*, 1981: 16). Y la resistencia, por cierto, estuvo lejos haberse acabado después de marzo de 1981.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

a) Archivos

Archivo Central Andrés Bello, Serie Sumarios Administrativos (1973-1981): Santiago, Sumario administrativo s.n./78.

Archivo personal, Malva Hernández.

b) Publicaciones periódicas

El Mercurio, Santiago, 1973.

Hoy, Santiago, 1979-1980.

Qué Pasa, Santiago, 1978-1979.

La Tercera, Santiago, 1980.

The New York Times, New York, 10-VII-1980.

La Ciruela, Santiago, diciembre 1980.

Araucaria de Chile, Madrid, N°14, 1981.

c) Entrevistas

Entrevista a Francisco Vidal, 11-XII-2015. Entrevistador: Juan Ignacio Cisterna.

Entrevista a Luis Espinoza, 11-I-2016. Entrevistador: Juan Ignacio Cisterna.

Entrevista a Malva Hernández, 9-II-2016. Entrevistador: Juan Ignacio Cisterna.

Entrevista a Malva Hernández, 11-II-2016. Entrevistador: Juan Ignacio Cisterna.

Entrevista a Remis Ramos, 24-II-2016. Entrevistador: Juan Ignacio Cisterna.

Entrevista a Patricia Torres, 14-III-2016. Entrevistador: Juan Ignacio Cisterna.

Entrevista a Jorge Pesce, 22-III-2016. Entrevistador: Juan Ignacio Cisterna.

Fuentes secundarias

a) Artículos y capítulos de libros

Baeza, J. (2004). "Referencias para un análisis del discurso del gobierno militar chileno sobre el movimiento estudiantil universitario: 1973-1980", en *Revista Literatura y Lingüística*, N° 15, Santiago, Universidad Católica Silva Henríquez, pp. 253-286.

Brodsky, R. (1985). "Señores: la ACU ha muerto, ¡Que viva la ACU!", en I. Agurto, M. Canales y G. de la Maza (Eds.), *Juventud chilena: razones y subversiones*. Santiago: ECO, FOLICO, SEPADE, pp. 180-188.

Meyers, P. (1975). "La intervención militar de las universidades chilenas", en *Revista Mensaje*, N° 241, pp. 379-384.

Leigh, G. (2012). "Intervención del miembro de la Junta de Gobierno, General del Aire, don Gustavo Leigh Guzmán", en *Anales de la Universidad de Chile*, N° 4, séptima serie, p. 194.

Mönckeberg, M. (2013). "Golpe a la cátedra", en *Anales de la Universidad de Chile. Las huellas de un acecho*. Edición extraordinaria con motivo de los 40 años del golpe. Santiago: Universidad de Chile, pp. 59-81.

Ruz, M. (1977). "Reforma Universitaria: pasado, presente y futuro", en *Revista Mensaje*, N° 263, pp. 540-543.

Subercaseaux, B. (2004). "La memoria desnuda y la memoria vestida", en *Revista Meridional*, N° 2, pp. 167-192.

b) Libros y tesis

Balladares, G. y E. Romo (1996). *La organización estudiantil en el Campus Macul de la Universidad de Chile. Desde la reforma universitaria a la intervención militar 1964-1981*. Memoria de Titulación de Pedagogía en Historia, Santiago: Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

Brodsky, R. (1998). *Conversaciones con la FECH: La fuerza de una idea*. Santiago: Editorial Chile y América.

Cerna, J. y A. Pons (2005). *La historia cultural. Autores, obras, lugares*. Madrid: Ediciones Akal.

Correa, S. (2003). *Historia del Siglo XX chileno*. Santiago: Editorial Sudamericana.

Espínola, C. (2019). *Los detenidos desaparecidos del Pedagógico. El caso de Historia*. Santiago: Editorial Santa Inés.

Garretón, M. A. (1984). *Las universidades chilenas y los Derechos Humanos*. Santiago: FLACSO.

Garretón, M. A. (1986). *Universidades Chilenas: Historia reforma e intervención. Tercera parte: La intervención militar en las universidades chilenas: 1973-1985*. Santiago: Ediciones SUR.

Ginzburg, C. (2010). *El hilo y las huellas*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Ginzburg, C. (1997). *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnik Editores.

González, L. (1997). *Otra invitación a la microhistoria*. México: Fondo de Cultura Económica.

Huneus, C. (2016). *El Régimen de Pinochet*. Santiago: Editorial Sudamericana.

Jablonka, I. (2015). *Historia de los abuelos que no tuve*. Argentina: Libros del Zorzal.

Leroy L. (1981). *Emmanuel, Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*. Madrid: Taurus.

Lira, R. (1984). *Proyecto de Obras Completas*. Santiago: Ediciones Minga.

Mönckeberg, M. (2012). *El negocio de las universidades chilenas*. Santiago: Debate.

- Mönckeberg, M. (2015). *La privatización de las universidades en Chile. Una historia de dinero, poder e influencias*. Santiago: Editorial Copa Rota.
- Muñoz, V. (2006). *ACU rescatando el asombro: historia de la Agrupación Cultural Universitaria*. Santiago: La Calabaza del diablo.
- Muñoz, V. (2012). *Generaciones. Juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile - UNAM 1984-2006)*. Santiago: LOM.
- Póo, X. (2016). *La dictadura de los sumarios (1974-1985). Universidad de Chile intervenida*, Santiago: Edición Universitaria.
- Rojas, M. A. y J. Fernández (2015). *El golpe al libro y las bibliotecas de la Universidad de Chile*. Santiago: Ediciones UTEM.
- Salazar, M. (2014). *Las letras del horror. Tomo I: La DINA*. Santiago: LOM Ediciones.
- Santibáñez, G. (1997). *En torno a la Universidad y la cultura ¿del terror a la servidumbre?* Santiago: LOM Ediciones.
- Seguel, P. (2022) *Soldados de la represión. Anticomunismo, seguridad nacional y contrasubversión en las Fuerzas Armadas chilenas, 1970-1975*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado Ediciones.
- Silva Henríquez, R. (1994). *Memorias*. Santiago: Ediciones Copygraph.
- Stern, S. (2009). *Recordando el Chile de Pinochet, en vísperas de Londres 1988*. Santiago: Editorial Universidad Diego Portales.
- Stone, L. (1986). *El pasado y el presente*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Thielemann, L. (2016). *La anomalía social de la transición. Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa (1987-2000)*. Santiago: Tiempo Robado Editoras.
- Toro, P., J. Isla y D. García. (2006). *Los muchachos de antes. Historias de la FECH 1973-1988*. Santiago: Editorial Alberto Hurtado.
- Valenzuela, E. (1987). *Fragmentos de una generación*. Santiago: Editorial Impresión.